

Arriba

Madrid, domingo 24 junio de 1962

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO

Intérprete del clamor nacional, ARRIBA ofrece al Caudillo de España este suplemento extraordinario de treinta y dos páginas en las que se recoge, con la información gráfica de la estancia de Franco en Valencia, una antología de crónicas, comentarios y editoriales publicados en nuestro periódico con tal motivo

ESPAÑA, CON FRANCO

Ayuntamiento de Madrid



VALENCIA, PLAZA DEL CAUDILLO

La doble página recoge el impresionante recibimiento que Valencia dispensó a Su Excelencia el Jefe del Estado. Sobre estas líneas, la manifestación congregada en la plaza del Caudillo. Abajo, el coche del Caudillo pasa junto a los





arcos levantados por el Frente de Juventudes; Franco acompañado del Alcalde, y los muchachos en una torre de altavoces. Por último, Franco saluda desde el balcón del Ayuntamiento, correspondiendo a las aclamaciones. (Pastor)



Ayuntamiento de Madrid

SUS PODERES

Sus poderes, los poderes de Francisco Franco, son los que le ha conferido España. Los que le otorgó no con apariencias electorales, sino cuando la gran contienda se ventilaba a cuerpo limpio y era a vida o muerte. Valencia se los ha ratificado clamorosamente, popularmente, en un comicio de plaza abierta. Valencia y España entera, que en estos días anda volcada sobre las calles en réplica viril, inequívoca a la estéril afrenta de los cobardes y los traidores y a las calumnias que contra España se levantan en todos los zocos de la irónica-mente llamada "Prensa libre".

Franco y España, que está a su lado, sin fatiga, entera en su ánimo, crecida ante la dificultad, leal a su destino y fiel en su memoria, tendrán que hacerse perdonar lo de Valencia. Las cajas de resonancia, los dispositivos de sonorización, las toneladas de tinta compradas para expandir la mentira y enraizar la calumnia, vacarán hoy, día festivo —y no por ser domingo—, para todas las voces y todas las plumas venales, estultas, impotentes en su ira, que a diario nos hacen la merced de atar más firmemente las ataduras que ligan a los españoles con Franco. Sobre tanta miseria y ruindad como se intenta acumular sobre un pueblo responsable de sus propios actos, donde la libertad no es necesario que se escriba en solemnes declaraciones políticas, porque el español la lleva pegada a los huesos, este país tan "aconsejado", tenido por menor de edad por los mendaces enanos que no la conocen ni de vista; sobre tanta ruindad y miseria, el pueblo valenciano —el pueblo de España quizá más abierto, por la intensidad de su tráfico comercial, al mundo exterior— acaba de gritar, más que decir, que este país va, como siempre, por donde quiere, a donde quiere y por lo que quiere.

El discurso de Francisco Franco a los valencianos ha tenido el noble y vibrante corte oratorio de una arena. Tremenda equivocación la de los enemigos del pueblo español y de su Capitán. Si lo que pretendían era encontrar a una nación movilizada en cuadros de disciplina civil y a quien la acaudilla, no han perdido el tiempo. Y si lo que intentaban era llevar a España a las urnas, estos primeros comicios, celebrados en Valencia, a la luz del día, sin astutos mufidores, sin zarandajas propagandísticas, pueden atestiguar la liberal disposición del español para acudir ordenadamente, aunque un tanto ruidoso y excitado contra quienes le ofrecen la flaca tentación de las urnas, al plebiscito. Plebiscito ha sido lo de Valencia; plebiscito que el pueblo, que lo ha convocado sin enojosos trámites formales, y Franco, que lo ha ganado, tendrán que hacerse perdonar en predios ajenos a la libérrima y soberana voluntad de los españoles.

"Si nuestras cosas —y entre ellas debemos incluir el plebiscito de Valencia, añadimos nosotros a estas palabras de Francisco Franco— gustasen en ese mundo liberal que en Europa todavía se lleva, sería una muestra de haber fracasado nuestra Revolución." Como viene sucediendo desde hace ya lo menos veintidós años, España se ha echado a la calle, ha cantado una vez más su "Cara al Sol" y ha decidido, sin grandes escrúpulos de conciencia, ante la desilusión de tantas gentes extrañas a su interés, que la Revolución —su original y propia Revolución— siga adelante.



"HE AQUÍ MIS PODERES:

Correspondiendo a las fervorosas muestras de entusiasmo de la inmensa multitud congregada ante el Ayuntamiento de Valencia, el Caudillo pronunció el siguiente trascendental discurso:

Valencianos:

Gracias, muchas gracias por ese entusiasmo que ponéis al recibirme, que constituye la afirmación más rotunda y clara de la adhesión y de la voluntad de los hijos de esta bendita tierra valenciana. (Una clamorosa ovación interrumpe las palabras del Caudillo.)

La grandiosidad de esta manifestación supera todo lo que podemos encontrar por toda la geografía española, resguardando la unidad indestructible de la Patria. Yo quisiera que el extranjero, que tanto nos calumnia (Grandes voces y aplausos interrumpen de nuevo al Caudillo), pudiese contemplar este espectáculo aleccionador para decirle: He aquí mis poderes (Ovación), la unión más estrecha con mi pueblo.

He venido a dialogar con vosotros, estudiar vuestros problemas y haceros partícipes de las inquietudes de la Patria en esta hora. Soy el capitán de la nave y es natural os dé noticia de las dificultades e incidentes de la travesía. Navegar en este mundo convulsionado es el sostener una constante lucha contra los elementos, pues si bien todo es lucha en la naturaleza, son estas épocas de transición, que las guerras aceleran, las de tiempos más borrascosos. La calma aparente que por estar en el vértice del ciclón sentimos, es sólo un contraste con el viento huracanado que nos rodea.

NUESTRO REGIMEN TIENE LA GRAN VIRTUD DE CRECERSE ANTE LAS DIFICULTADES

La última vez que visité vuestra capital lo hice con ocasión de aquellos días tristes, cuando Valencia, tras la inundación, aparecía sepultada bajo el fango (Grandes aplausos le interrumpen de nuevo), que había destruido el vergel de sus huertas y arrasado en su corriente, con preciosas vidas, fábricas, comercios y hogares. Estas grandes catástrofes que la Naturaleza ofrece y que de tarde en tarde se abaten sobre nuestra Patria, sirven, como las viejas invasiones, para forjar y pener de relieve la solidaridad entre nuestras provincias y la eficiencia del Estado nuevo. Nuestro Régimen tiene la gran

virtud de crecerse ante las dificultades, de convertir los males en bienes, y sobre los escombros y ruinas levantar las grandes construcciones, los modernos monumentos, las nuevas iglesias, las barriadas modernas con que sustituir a las chozas y edificaciones insalubres. Así, de las ruinas de la guerra y de las depredaciones de la vesania roja salió la gran obra de las Regiones Devastadas. Del fuego de la ciudad de Santander, la nueva y bella capital montañesa. De la explosión de Cádiz, la hermosa ciudad de fuera de sus murallas. De la Sevilla inundada, los nuevos polígonos de viviendas y la solución definitiva de sus peligros. De las inundaciones de Castilla, la defensa de sus cauces y la activación de los proyectos de regadío de sus llanos. ¿Y qué he de deciros de esta bella ciudad con los pantanos en marcha que la defraudan, fecundando sus tierras, y la solución del Plan Sur de la ciudad, que abrirá la era de la nueva Valencia? (Estruendosa y prolongada ovación.)

UNA EJECUTORIA EJEMPLAR FRENTE A UN SIGLO DE ABANDONO, DE ATRASO Y DE MAL GOBIERNO

Pero no se concentra nuestra acción en la sustitución de lo destruido, pues la transformación alcanza a todas las provincias españolas con tanta más intensidad cuanto mayores sean sus necesidades. Lo realizado en estos veintidós años, desde el término de nuestra Cruzada, constituye una ejecutoria ejemplar frente a un siglo de abandono, de atraso y de mal gobierno. (Aplausos y voces desde el público.)

LA GRAN OBRA DE NUESTRO MOVIMIENTO

Si todo esto lo hemos podido hacer en los años más difíciles de la vida de España, sin oro ni divisas, en medio de una guerra universal y más tarde de un injusto cerco internacional, imaginaos de lo que seremos capaces con la nación recuperada, la moneda estable (Ovación, que impide oír las últimas palabras), nuestro comercio floreciente, la industria en pleno avance y la balanza de pagos favorable. Y si nos asomamos al campo, vosotros, que con vuestra laboriosidad habéis hecho a través de los siglos del agua un tesoro, sois los que mejor podéis comprender la gran obra de nuestro Movimiento para transformar las estructuras de nuestro campo y en es-



Ayuntamiento de Madrid

S: LA UNION MAS ESTRECHA CON MI PUEBLO"

pecial las de nuestras tierras sedientas. (Voces de "¡Sí!"; "¡Sí, lo sabemos!")

EL RESURGIMIENTO ESPAÑOL SUSCITA LA IRA DEL COMUNISMO Y DE SUS COMPAÑEROS DE VIAJE

Estas realidades, al trascender fuera de nuestra frontera y convertirse en motivo de admiración para nuestros visitantes, suscitan la ira de nuestros adversarios (Aplausos y voces del público interrumpen al Caudillo otra vez), de nuestros adversarios que tratan por todos los medios de desacreditarnos en el exterior movilizándolo los resortes del comunismo y de sus compañeros de viaje. (Ovación.) Confiaban nuestros enemigos que nos abandonaban una España inviable, destruida y desposeída de todos los recursos. Se negaban a nuestro pueblo las virtudes para levantarse, se especulaba con nuestro derrumbeamiento y agoreros y especuladores esperaban eso para caer más tarde sobre su presa. Nuestro resurgimiento les ha desconcertado, incluso a aquellos que desde el interior no querían reconocer el milagro. (Larga ovación.) Había que detener nuestro resurgimiento, ahogar nuestro crédito, espantar al turismo, y éste es el secreto de esas algaradas frustradas con que año tras año obsequian a la Península Ibérica, pues no somos nosotros solos el blanco de la ofensiva, sino que nuestra hermana peninsular sufre con fortaleza paralelos ataques. (Ovación. "¡Muy bien!")

Como muchas veces he repetido, no constituye esto un episodio nuevo en nuestra historia, pues se reanuda en todas las ocasiones en que nuestra nación resurge. El mundo se había acostumbrado a una España que no contaba y le ha quedado una tendencia morbosa a creer y registrar todo lo malo que se diga de España. (Aplausos. Una voz: "¡Los de Munich, a la horca!") (Nueva ovación.)

PRESION DE LAS FUERZAS SECRETAS SOBRE LA MAYORIA DE LOS ORGANOS DE OPINION EN EL EXTRANJERO

¿Cuál es la causa de la persistencia en este error?, podríamos preguntarnos. Y yo respondería que, aparte de la enemiga natural de los partidos políticos, a quie-

nes nuestra revolución ha puesto en evidencia, y que pueden justificar posiciones apasionadas, es el de la infiltración comunista en Europa, que con su acción solapada ha venido influyendo sobre la mayoría de los órganos de opinión, siendo raro el que no se encuentra parasitado por el oro soviético. Esto nos demuestra lo que son las agencias y órganos de opinión en el mundo en que vivimos. El caso de España es una prueba clara de cómo se engaña a los pueblos. (Aplausos.) El mito del servicio a la verdad y de la libertad de Prensa ha pasado a la Historia. Cada periódico u órgano de opinión tiene su amo. ¿Cuántas veces honestos corresponsales extranjeros se dolieron ante nuestras autoridades de haberse publicado en sus periódicos noticias totalmente contrarias a lo que ellos habían teleografiado desde España! (Voces airadas que no pueden entenderse.) ¿Es que deja de ser el periódico una organización influyente por las fuerzas secretas? ¿No constituye un negocio que puede venderse al mejor postor? ¿Es que no gasta Rusia suficiente oro para poder comprar una gran parte de la Prensa del mundo a través de sus hombres de paja e influir a la otra parte con la compra de agentes? Si la Prensa fuera verdaderamente libre, sería una libertad para una exigua minoría de millonarios de cada país. (Risas y gran ovación.)

LOS VIEJOS SISTEMAS INEFICACES FRENTE A LA GUERRA FRIA

El hecho es que hemos de resignarnos por unos años a no ser comprendidos. Si nuestras cosas gustasen en ese mundo liberal que en Europa todavía se lleva, sería una muestra de haber fracasado nuestra revolución. Y no es que esos países no padezcan problemas parecidos a los nuestros, pero son tantos los intereses creados que necesitan una revolución verdadera para poder solucionarlos. De todas maneras, las naciones se olvidan que viven una guerra fría, pero guerra al fin, solapada y traicionera, que mina los puntos vitales de los países, parasita sus organizaciones, filtrando sus agentes, frente a lo cual los viejos sistemas se presentan inefi-

caces. Las pérdidas de las batallas de la guerra fría son más peligrosas y trascendentes para las naciones que las de los campos de batalla.

De todo esto empiezan a apercibirse los pueblos, y todo lo bueno que hay en el hombre se rebela frente a las viejas ficciones desacreditadas. Ansía una evolución que evite la catástrofe, que salve aquellos principios por los que la vida es grata: la espiritualidad, el orden, la familia y las posibles libertades y las haga compatibles con la seguridad, la justicia social y el progreso económico. (Grandes y prolongados aplausos.) No otra cosa encierra la inestabilidad política de tantas naciones, que no saben cómo acertar. Si hoy vemos a nuestra Patria asegurada contra estos peligros es porque hemos sabido ver a tiempo estas realidades y crear un ideario político eficiente, que bajo los imperativos de la fe cristiana recoge todo lo fundamental y eficiente de las teorías políticas pasadas.

UN IDEARIO POLITICO EFICIENTE BAJO LOS IMPERATIVOS DE LA FE CRISTIANA

Aquel ideario por que combatimos, y que se concreta desde los primeros tiempos de la Cruzada, se encuentra hoy en plena marcha y nos ofrece sus óptimos frutos. Nuestra paz se administró para todos los españoles sin distinción de bandos. La transformación de la nación sólo los enemigos obcecados no quieren verla. El progreso espiritual, social y económico no admite discusión. Por ello somos motivo de admiración y envidias. (Súbita y estruendosa ovación.) Si con firmeza nos mantenemos, poco pueden importarnos los ladridos exteriores del comunismo o de sus asociados; lo importante es lo que pasa dentro, y pese a las pequeñas nubes que se interpongan en nuestra marcha, el sol ha salido para España.

¡Arriba España!

(Una prolongada y vibrante ovación retiene al Caudillo varios minutos saludando desde el balcón del Ayuntamiento de Valencia.)

VALENCIA, RECUADRADA POR EL ENTUSIASMO

VALENCIA. (Por teléfono. De nuestro director, Sabino Alonso-Fueyo.) — Hay caminos en toda ciudad con historia, y Valencia es una de ellas, en los que parece estar siempre resonando el rumor de todo lo trascendental que por aquí discurrió. Abrir rutas universales plutarquianas es no sólo dar a la tierra elementos materiales, sino marcar con hitos espirituales las cuestiones y la trayectoria de un pueblo. Por eso, cuando ayer la muchedumbre enervada abría un cauce de lealtad al paso de Franco parecía estar floreciendo la mejor cosecha del entusiasmo sobre el viejo tronco de una fe imprescriptible y permanente.

Por una de las rutas a través de las cuales llegó otras veces Franco a Valencia estuvo en pie el pueblo, que podía ofrecer al Caudillo, casi a los cinco años de la riada, este rostro nuevo y alegre, blanco y florido de la ciudad, capaz de superar el calvario del agua y el barro con el entusiasmo y el quehacer, que fueron los instrumentos con que Valencia colaboró a las ideas de Franco de convertir la amargura de aquellas horas en una serie de realidades urbanísticas, de obras públicas, que han de dar nueva fisonomía a la urbe que nació de la Solución Sur.

Entre el barro espeso de 1957 y el laurel inmarcesible de este recibimiento de ayer hay una etapa singularmente fecunda en la vida valenciana. El milagro es, como tantas veces sucede en política, fruto de la unidad de esfuerzos, de la sinceridad con que han sido tenidas en cuenta las circunstancias y también del apoyo que las ilusiones de Valencia encontraron en el Gobierno de Franco. Si ya constituyó una prueba de rapidez aquella tarea de desembarazar de la corteza de Valencia los millares de toneladas de barro con que el río taponaba dos terceras partes de la ciudad, fue un "record" extraordinario la restauración, por un lado, de la fisonomía urbana y la estructuración de ese Plan que, teniendo como base la total supresión del riesgo de una futura posible riada, ha englobado cuestiones de urbanismo, de enlaces ferroviarios, carreteras y de índole puramente hidráulica. No hay duda que esta realidad, de tanta repercusión en el futuro ciudadano, estaba presente en el ánimo de cuantos ayer acudieron a rendir multitudinario homenaje de gratitud al Caudillo de España.

En el antiguo y largo camino por donde Valencia enlaza con la capital de España hubo un anticipado plebiscito de adhesión al Jefe del Estado. Los hombres curtidos del secano, de la tierra, de la viña y el olivar, del cereal, se volcaron materialmente en la carretera para juntar sus palmas labriegas en homenaje de fe y lealtad. La huerta pareció estrenar los verdes más intactos, en los que se simboliza toda la esperanza, para que Franco pasase revista a esta gran parada de la riqueza en una tierra que se ha hecho con la ley del agua y la insobornable ley del trabajo. Pero una vez encuadró entre los arrabales de fuerte acento industrial, de vigor artesano, creció más aún esta doble carrera que materialmente cubría el pueblo. Las guirnalda y las banderas, los vitores y los aplausos acompañaron a Franco hasta la plaza que lleva su nombre. La plaza municipal, céntrica y alegre, de las fiestas mayores de la ciudad.

Ha vuelto a ser verdad aquella frase que anotó el padre Mariana al componer el capítulo de Valencia: "Valencia, jardín de amenidades."

En la tarde de la llegada de Franco la ciudad acentuaba esas gracias mediterráneas, como si quisiera abrir la gran sonrisa blanca de sus mejores días para darle la bienvenida al Caudillo. Parecía muy lejano, en un remoto y nebuloso ayer, el resplandor triste de un sol de otoño en el agua sucia de las charcas, el ocre oscuro del légamo que embarraba las calles, el brillar de las lágrimas en tantos ojos doloridos por la tragedia. Aquella Valencia, con sus llantos silenciosos, con el sabor de ceniza en los labios, recibió al Caudillo en 1957 para expresarle la orfandad en que había quedado después de la riada. Esta misma que, ahora con los ojos encendidos, con manos cálidas de emoción, ha rendido ante Franco el homenaje de su gratitud, gratitud oficial que el Ayuntamiento, en nombre de la ciudad, otorga con la medalla que la simboliza. Gratitud en los hombres de Valencia, que han encontrado un nuevo horizonte para su ciudad gracias a la adopción del Caudillo, al Plan Sur. Era, pues, necesaria la ocasión de ayer para que Valencia entera lanzase al aire la fiel promesa de su lealtad.



ESTA ES ESPAÑA

Aquí está en primera fila, en olor de limpia pasión política, en actitud de fervor, en gesto de solidaridad y entusiasmo, como un solo hombre para depositar su voto en un comicio público y democrático para el que no ha sido preciso ni el más leve despliegue de eso que se llama «campaña electoral» o «movilización de la opinión pública». España está al cabo de la calle. Y por eso le ha bastado con unas pocas informaciones en la Prensa, escuetas noticias de la cachupinada de los eutrapélicos de Munich, para apresurarse en un aplastante referéndum espontáneo, a elegir su candidato. Si de elección se trata—se ha dicho España a sí misma—este es nuestro candidato. ¡Si lo sabremos bien, después de veinticinco años!

Dicho y hecho. Se han alzado unas banderas, se han cantado unas canciones, se ha gritado a los vientos de todas las rosas el nombre del Capitán, el nombre de Franco, y España se ha puesto en marcha. Algo así como si desde los secretos laboratorios de las emociones, donde la lira pulsa las más sutiles notas espirituales, se hubiera pronunciado otra vez el lejano requiemiento: «¡Eh, las provincias, en pie!» Por los cálidos caminos de una primavera en sazón, de una primavera que no se marchita, que ha visto nacer, crecer y florecer tres largas generaciones de españoles, España se ha llegado hasta sus plazas mayores. Unidos en un colosal corro de brazos apretados, en una pila de corazones sencillos y dispuestos, los españoles se han preguntado: ¿Qué pasa? ¿Quiénes son ellos? ¿Qué quieren? ¿En nombre de quién hablan? Y por esos caminos, de esas plazas mayores, rectas y sobrias, ha surgido el grito unánime, el clamor expresivo, la canción común, el nombre mil veces proclamado del único Capitán: el nombre de Francisco Franco.

No ha sido efímero fogonazo de un castillo de fuegos de artificio; no ha sido la movilización de unos fáciles resortes de nostalgias... Importa decir que detrás de todo esto hay algo que España no olvida. Detrás del multitudinario coro del fervor popular, detrás de las canciones y las banderas, veinticinco años de historia le dan a Franco la razón. Junto a las gargantas de los millones de españoles que le aclaman está el canto armonioso de una España que es mejor, la melodía inigualable de las fábricas, el bravo murmullo de los torrentes de los embalses, el giro de las turbinas, la promoción de las empresas agrícolas, el canto sublime de la paz de España. ¿Lo habían olvidado los viejos espaniápatas, los arcaicos ganadores de las aguas turbias?... Ellos, acaso; nosotros, no.

Aquí está España. Con ella su Caudillo: «He aquí mis poderes—ha contestado Franco—, la unión más estrecha con mi pueblo». Ese pueblo le saludó, le aclama, le repite—como la juventud le dijo este octubre con la frase de un poeta español—: «Buen caballero... que Dios os dé su mano, que el mar y el cielo os sean propicios, Capitán».

Antonio IZQUIERDO
(Foto Pastor.)

Ayuntamiento de Madrid



CIEN MIL SINDICALISTAS ANTE EL CAUDILLO

Cien mil trabajadores, encuadrados en la Organización Sindical, aclaman entusiasmados al Caudillo durante el acto de la inauguración de la Institución Sindical de Formación Profesional «San Vicente Ferrer», en Valencia. Trabajadores de todas las ramas de la producción se apinaron ante a Franco para hacerle patente su confianza y su lealtad insobornable en el transcurso de una jornada de afirmación sindical. (Foto Pas)

ORIGINALIDAD POLITICA

No hay duda—como ha dicho el Caudillo en Valencia—que «los pueblos caminan hacia formas nuevas». Por eso constituye una actitud infantil, anacrónica, aferrarse a los viejos patrones de aquella democracia del siglo pasado que ha entendido la participación del pueblo en la vida pública no como un sistema, sino como una forma. Se ha olvidado, y así lo recordaba Franco, que «no ha sido la misma la democracia en cada época de nuestra Historia, desde los griegos hasta nuestros días». Precisamente Valencia ofrece el testimonio de una tradicional y fecunda participación popular a través de sus Cortes medievales, modelo de equilibrio en la representación, que siendo auténticamente democrática no puede confundirse con las estructuras que estableció la Revolución francesa, y que apurando la razón de que un hombre es tanto como un voto, ha llegado a que se olvide totalmente el hombre que hay detrás de cada voto.

España, a la que ya no pueden alucinar con falsos alardes de soberanía, sabe que un sistema tiene que responder tanto a las exigencias del tiempo en que se vive como a la más robusta autenticidad histórica de un pueblo. La ejemplaridad del pasado es una circunstancia insoslayable en toda construcción política; por tanto, construir un país a una interpretación de la democracia sería tanto como tratar de que las patrias se ordenasen con arreglo a una estructuración supranacional que olvida, entre otras muchas cosas, las determinaciones humanas, espirituales y de carácter que diferencian a un país de otro.

Nosotros, que descubrimos, cuando Europa estaba viviendo el más exacerbado nacionalismo, la armonía social e institucional de las Cortes, que en Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia habían dado a la intervención popular su camino más adecuado, no tenemos nada que aprender de esos sistemas que el exterior puso de moda y trató de imponer en España, olvidando nuestra caudalosa originalidad política. Tengamos en cuenta que si ahora, en nombre de la democracia decimonónica, se nos ataca, también embistieron contra nosotros en nombre de un absolutismo transpirenaico que

nada tenía que ver con el concepto representativo de nuestras auténticas formas políticas. No hay duda que el mundo ha tenido especial propensión a querer regir nuestra casa desde planos muy diversos de acción política. Y es también evidente que frente a esas aspiraciones de intromisión hemos acreditado los españoles una tenacidad que muchas veces tuvo que agotar incluso un largo capítulo de sangre para que prevaleciese el derecho intangible a la autodeterminación que las naciones poseen.

Ahora ya sabemos cuál es el cansino «ritornello» que se maneja a diario. El no aplicar ese modelo de democracia, que si ha dado tan malos resultados por ahí fuera, fue entre nosotros circunstancia previa para toda serie de desafueros, atropellos y abuso de Poder. Pero, como el Caudillo ha advertido en Valencia, «no cambiaremos nuestra salud interior y nuestra paz interna por complacencias con el extranjero». El camino que hemos emprendido no puede plegarse a gusto de quienes tienen de la democracia una idea exclusivista y limitada. España ha logrado una armonía entre Poder y sociedad y sabe que «sin el orden—como ha dicho un ilustre profesor—, la garantía de que el delito será castigado y la ciudad defendida, los hombres no pueden vivir juntos». El Poder, en suma, hace posible la sociedad. Y es necesario que en defensa de ella se logre ese sutil equilibrio entre la participación del pueblo en la vida pública y la garantía de que ni se desvirtúe la autenticidad con extrañas presiones partidistas ni se desorbite el orden que la sociedad necesita con la anarquía.

Nuestro país, que ha sido campo de experiencias para tantas incursiones ideológicas de fuera, tiene ya aprendida la lección de que sólo lo que a España interesa y lo que responde a su ser histórico es viable. Por eso vamos adelante, sin que nos amedrenten los gritos de fuera, convencidos, como decía el Caudillo, de que «veintitrés años de paz ininterrumpida, de progreso económico y de fortaleza para resistir los ataques que desde fuera se nos han promovido, es cosa importante». El destino de España es algo que sólo a los españoles importa. Y que nosotros hemos ya decidido en la lealtad a Franco.



FRANCO, PRIMER TRABAJADOR DE ESPAÑA





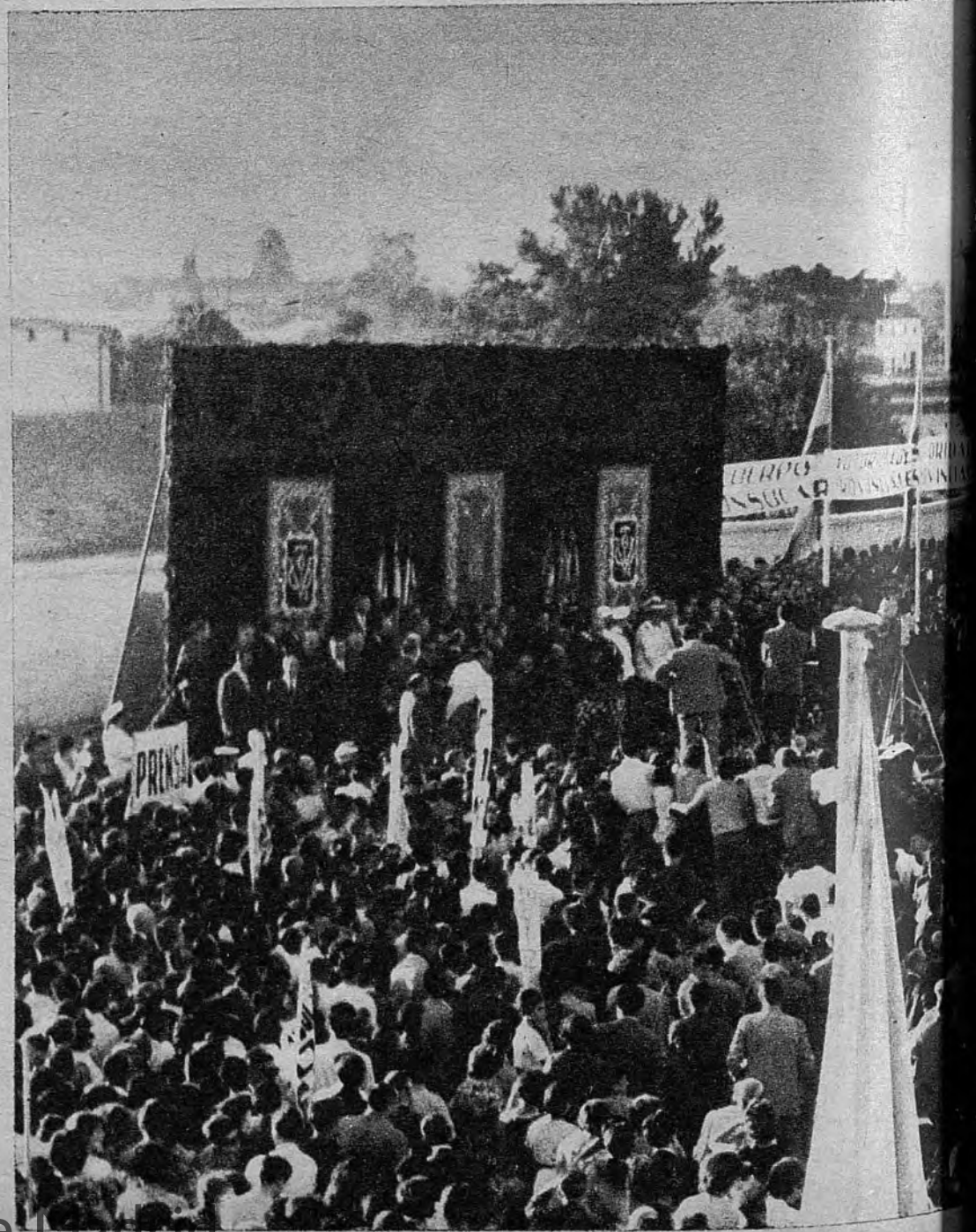
A Su Excelencia el Jefe del Estado, ante una impresionante multitud de trabajadores, pronuncia el discurso del acto inaugural de la nueva Institución Sindical de Formación Profesional «San Vicente Ferrer», en el transcurso de una grandiosa jornada sindical en la que a su vez habló el Ministro Secretario General del Movimiento, José Solís. Así los trabajadores valencianos rindieron tributo de fervor y respeto al Caudillo, cuya serena personalidad y laboriosidad continua le hace acreedor ante España, como señaló Solís, al título de primer e infatigable trabajador de la Patria. (Fotografías de Pastor.)

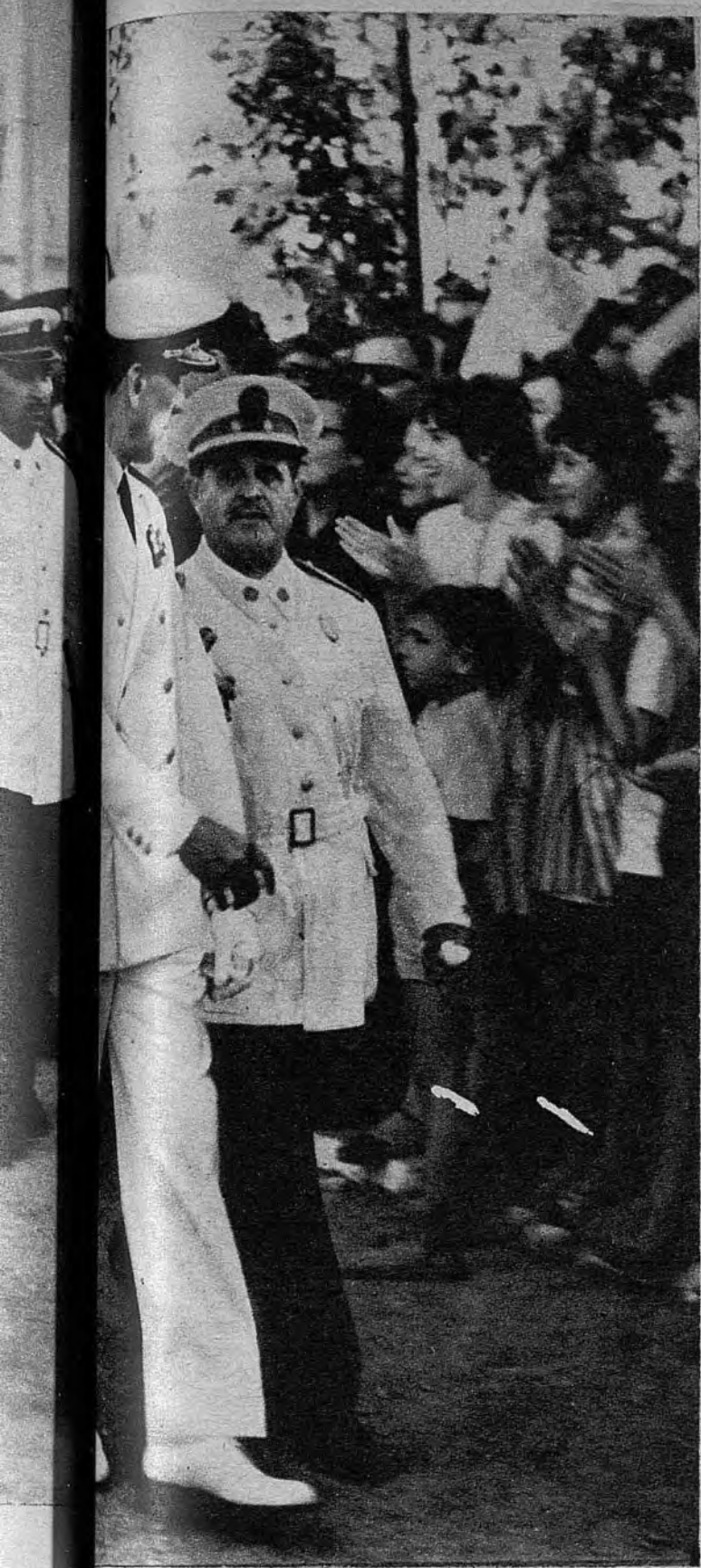


Ayuntamiento de Madrid



JORNADA SINDICAL





La jornada del Caudillo el lunes en Valencia estuvo signada de hondo espíritu sindical. El Jefe del Estado, acompañado del Ministro Secretario General del Movimiento, José Solís, hace su entrada en el recinto de la nueva Institución Sindical «San Vicente Ferrer». Arriba de estas líneas, Franco saluda para corresponder a las aclamaciones del público, y un momento del importante discurso pronunciado por el Ministro Secretario General del Movimiento. Abajo, un aspecto de la multitud de productores que llenaba el recinto de la nueva Escuela de Formación Profesional. (Fotografías de Pastor.)





“LUCHAMOS POR DIOS Y POR ESPAÑA;

Durante el acto de inauguración de la nueva Institución Sindical de Formación Profesional «San Vicente Ferrer», de Valencia, el Caudillo pronunció el siguiente trascendental discurso:

Valencianos y trabajadores que me escucháis:

La inauguración oficial de esta Institución Sindical «San Vicente Ferrer», de Formación Profesional, me ofrece la ocasión de este encuentro y de poder haceros partícipes de mi pensamiento sobre el futuro social de nuestra Patria, que os afecta tan directamente.

Los españoles somos solidarios en el destino, no podemos hurtarnos a los dictados de la geografía y de la historia; a golpe de invasiones se forjó nuestra nacionalidad. Mucho antes que otros pueblos, España ya era nación, y al templarse nuestro carácter en la lucha fuimos fieros de nuestra independencia y proyectamos nuestro genio por el mundo, hasta que la invasión de doctrinas extrañas acabó sumiéndonos en la decadencia. El secreto para anularnos o vencernos fue siempre el mismo: el dividírnos interiormente; así perdimos los mejores años en que el mundo se transformó, con un siglo de constantes luchas intestinas. Aquella España que ni a unos ni a otros nos gustaba, nos empujó a la Revolución. Esta vino a romper con aquellos años tristes de decadencia para cambiar la suerte de nuestra Patria. Nuestra guerra en los dos bandos fue una lucha por nuestra liberación.

NOS ENCONTRAMOS YA EN CONDICIONES DE TRANSFORMAR TOTALMENTE NUESTRAS ESTRUCTURAS

Los males que en España perduran son males heredados de aquel pasado, son la representación más genuina de más de un siglo de abandono. Hoy hemos de levantar la Patria desde sus bases y hacerlo en medio de un mundo en plena conmoción, que no nos comprende, pero que no nos ha entendido nunca. Por eso nuestro camino es más duro y penoso; sin embargo, hemos superado felizmente las más difíciles singladuras, conquistado las más importantes posiciones y nos encontramos en condiciones de acometer la gigantesca empresa de transformar totalmente nuestras estructuras, inadecuadas al momento económico internacional.

Hemos de considerar que si un día pudimos encerrarlos dentro de nuestras fronteras y vivir nuestra propia vida, hoy nos es indispensable la relación con el exterior; nuestra vida económica se basa en el intercambio comercial con otros países, y los peligros que a Europa acechan también a nosotros nos alcanzan; pero abrir las ventanas al exterior no quiere decir que nos dejemos invadir por sus aires viciados, sino todo lo contrario: el proclamar a los cuatro vientos nuestras verdades, nuestro óptimo estado de salud nacional y nuestra buena voluntad para entendernos y dialogar con todos los pueblos. (¡Muy bien!». Aplausos.)

BASES Y REALIZACIONES DEL ESTADO SOCIAL

La inestabilidad política que en el mundo se regis-

tra y la inquietud revolucionaria que en muchas naciones aflora son heraldos de la evolución política a que el mundo occidental está abocado. Nosotros, por haber quemado etapas y habernos adelantado veinticinco años a estas inquietudes, nos encontramos con el proceso político coronado y en camino de perfeccionamiento. Hemos construido sobre nuestra historia, recogiendo tradiciones y enseñanzas y aceptando de los sistemas anteriores lo que conservaba su vigor y era útil y conveniente para la nueva obra.

Desde los primeros momentos de nuestro Movimiento señalamos claramente a los españoles cuál era el ideario por el que luchábamos: por Dios y por España; por la Patria, el pan y la justicia. (¡Muy bien!». Gritos de «Franco, Franco, Franco!») En plena guerra promulgamos el Fuero del Trabajo, que constituye la carta magna de nuestro ideario y ordenación sociales, y administrando la paz en beneficio de todos hemos venido construyendo sobre aquellas bases el Estado social de que hoy disfrutamos: Seguro de Enfermedad e instalaciones sanitarias, que han logrado el estado óptimo de la salud pública; Instituto de la Vivienda, hoy Ministerio, que atiende a dotar de hogares salubres a la familia humilde española; salario familiar, mutualidades, vacaciones pagadas, salario de los domingos y festividades, Seguro de Paro y tantas y tantas obras de carácter social que han mejorado notablemente el estado de justicia de nuestra Patria.

Si a todo esto unimos la intensificación sufrida en orden a la formación profesional, con instituciones como esta que hoy inauguramos, que continúa una serie, un centenar de Institutos, de Universidades Laborales, de Escuelas de Formación acelerada, y en el orden superior los cientos de millones que nuestros presupuestos dedican a becas en beneficio de los económicamente débiles, con el fin de que ninguna buena inteligencia se pierda e igualar a los españoles en oportunidades, todo ello casi desconocido en nuestra Patria anteriormente, permite medir la inquietud social de nuestro Régimen. (¡Muy bien!». Aplausos.)

El aumento y la más justa distribución de la renta nacional fue desde los albores de nuestra Cruzada inquietud primordial de nuestro Movimiento; pero para ello no basta repartir escaseces; había que acometer el aumento de nuestras industrias, especialmente las básicas; realizar grandes obras públicas nacionales, multiplicadoras de bienes y de colocaciones; la repoblación forestal, la intensificación de regadíos y las obras de colonización interior que como objetivo inmediato perseguían el empleo total de nuestro mundo laboral.

MULTIPLICACION DE LOS PUESTOS DE TRABAJO Y DE LAS FUENTES DE PRODUCCION

¿Colma esto las inquietudes del mundo del trabajo? Evidentemente no, pues pese al sacrificio que para la economía nacional todas estas obras y mejoras han representado, hemos tenido que partir del estado económico de la España que heredamos, con las consiguientes limitaciones. Este sistema económico, que deriva del

general del mundo, evidentemente no nos gusta; pero representa la aportación de esfuerzos de generaciones y no es un sistema del que se pueda hacer tabla rasa; puede y debe ser mejorado, pero no destruido. No se puede olvidar que el dinero no tiene patria, que persigue el mayor beneficio y la más completa seguridad, y cuando, por una u otra causa, se le espanta, cruza las fronteras, sin que se le pueda detener. (¡Muy bien!». Muchos aplausos.)

Las relaciones económicas entre las partes están fuertemente afectadas por la ley universal de la oferta y de la demanda. Esto pasa con los artículos, como con el propio mundo del trabajo. Pueden las relaciones laborales ser reglamentadas por los Poderes Públicos con su legislación; pero por encima de lo legislado predominará siempre la presión del mercado, que cuando escasean los brazos el trabajo se valora y cuando sobran se deprecia; por ello, para que estos imponderables trabajen en favor de las clases productoras y que la legislación laboral tenga toda su virtualidad perseguimos la ocupación total a través de la multiplicación de los puestos de trabajo y de las fuentes de producción; pero para esto no basta la sola voluntad de un Estado como el nuestro, sino que requiere la paz y armonía entre todos los factores que colaboran en la producción. (Muchos aplausos.)

LOS AVANCES SOCIALES Y LA FORTALEZA DE LAS EMPRESAS

El mundo de la economía tiene estas servidumbres, que están tan inseparablemente unidas al mundo del trabajo, que si aquella quebrase, era el trabajo el primero que las sufría; por ello, todas las obras que acometemos, nuestros avances sociales y las mejoras de las remuneraciones, tienen que ir progresivamente unidas a lo que pueda resistir la economía general y la particular de las Empresas. Nadie puede estar más interesado que el obrero en la fortaleza de las estructuras de sus Empresas, pues de ellas depende directamente su porvenir.

Examinemos rápidamente estas estructuras: si miramos a la industrial, nos encontramos que la mayoría de las industrias que recibimos padecían el envejecimiento de su maquinaria, siendo sus rendimientos pobres en cantidad y en calidad. Necesitaban de una transformación para elevar el rendimiento por hombre y perfeccionar sus productos; pero no se trataba de alguna que otra Empresa, sino de la mayoría de nuestras Empresas.

Si volvemos la vista al campo, el panorama es menos consolador, y no me refiero a estas pródigas tierras de Valencia y a sus laboriosos labradores, ejemplo a imitar por todas nuestras comarcas, sino a la estructura agrícola de nuestros secanos, en que una meteorología adversa les sume en una vida mísera, que tiene que pesar sobre la conciencia de todos los españoles para transformarla. (Grandes aplausos.)

Comprenderéis fácilmente que con estas débiles estructuras sus producciones no podían enfrentarse con la competencia exterior. Por ello tenemos que acometer la gran tarea de modernizarlas y transformarlas en el mínimo plazo. Las industriales, por inversiones ingentes



¡POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA!"

que modernicen sus maquinarias y mejoren su rendimiento, y las agrícolas, por la intensificación de los riego, la racionalización de la agricultura, la concentración parcelaria, el programa de capacitación y extensión agrícola, las Cooperativas, el empleo de maquinaria y sistemas modernos de producción, que constituye una serie fabulosa de inversiones que ha de recoger nuestro programa de desarrollo.

Toda esta obra no podría acometerse si no la hubiera precedido la preparación y multiplicación de nuestra industria básica, si no hubiéramos forjado los instrumentos capaces de acometerla, como ya se ha venido demostrando en ambos campos en estos veintitrés años de realizaciones ininterrumpidas.

Os digo todo esto para que comprendáis que el problema es más arduo y profundo que lo circunscrito al área en que cada trabajador se encuentra, y que inquietándonos por todos se hace necesario establecer un orden de prelación, en que hemos de atender en primera urgencia a aquellos sectores trabajadores más necesitados, pues en ello reside la verdadera solidaridad nacional. ("¡Muy bien!" Aplausos. "¡Franco, Franco, Franco!")

INCAPACIDAD Y DEBILIDAD DEL SISTEMA LIBERAL

Esta obra de transformación social que España necesita sólo puede hacerla un Régimen como el nuestro; no tenemos para convencernos más que volver la vista atrás, examinar cómo se encontraba España antes de nuestra Cruzada, bajo los sistemas liberales, y la situación en ellos de nuestras clases trabajadoras.

Yo siempre tengo grabado en mi ánimo el recuerdo de días ya lejanos de la creación de la Legión y de su primera Bandera. Algún legionario mío estará entre vosotros. Era el mes de octubre de 1920. Abiertos los banderines de enganche, un verdadero aluvión de hombres se enroló en la Legión, procedentes, en general, de las regiones industriales españolas. Muchos fueron los catalanes y valencianos que formaron en aquellas primeras unidades, hombres maduros en su gran mayoría. Y cuántas veces, en la soledad del servicio nocturno, hablando con aquellos soldados, me hicieron objeto de sus confidencias: se habían alistado en la Legión abandonando sus hogares. Huyendo de las luchas sindicales, gravemente acentuadas; de aquellas persecuciones bochornosas en que el Sindicato Unico de Barcelona luchaba a tiros en la calle contra los Sindicatos Libres, respaldados por los patronos y por los elementos políticos. ("¡Muy bien!" Aplausos.) He aquí a qué grado de indignidad habían llegado los Poderes Públicos, que consentían, cuando no presidían, estos tristes y funestos acontecimientos.

CRISIS Y FRACASOS DEL COMUNISMO

Si descartamos el régimen liberal por su debilidad, su incapacidad y la podredumbre de sus frutos, puestos de manifiesto en un siglo de historia y en la triste he-

rencia que nos legó, sólo nos quedaria el contemplar al régimen comunista como realizador de los ideales marxistas que animaban la lucha de clases; pero el régimen comunista es, y no os descubro nada nuevo, el régimen del terrorismo policiaco (Aplausos), de la negación de toda clase de libertades, de la persecución de los estados de conciencia, de la esclavitud obrera y, al final, de un imperialismo desatado. Su cara interior es todo lo contrario de la que al exterior nos muestra. ("¡Muy bien!" Grandes y prolongados aplausos y gritos de "¡Franco, Franco, Franco!")

El gran fracaso del comunismo en el orden económico lo pregonan sus Congresos periódicos con su confesión de la falta de producción agrícola, de la inutilidad de su burocracia, de la escasez de artículos de consumo y de la carencia de bienes de los que hacen la vida más grata y que, a su vez, son fruto del trabajo. Consecuencia lógica y natural de la negación de la iniciativa privada, de la supresión de todo estímulo para los trabajadores.

Todo su poder se orienta hacia la guerra, a la destrucción de los otros pueblos; pero para llegar a esta situación de imperialismo y de poder material ha tenido que sufrir sus grandes crisis, en que perecieron de hambre millones de seres y otro mayor número permanecen aún cautivos en los campos de trabajo y de muerte de Siberia y de los Urales; pero ¡qué os voy a decir!, si el propio Krustchev se ha visto obligado a confesar en los Congresos internacionales los crímenes horrendos de Stalin y del comunismo ("¡Muy bien!" Ovación clamorosa y gritos de "¡Franco, Franco, Franco!") y aún si queremos más lo encontraremos en esa bárbara persecución a tiros que se realiza contra muchachos y mujeres que intentan escapar del "paraíso soviético". ¡Jamás Estado alguno ha llegado a esos límites de barbarie y de crueldad! ("¡Muy bien!")

El hecho es que, a los cuarenta y cuatro años de régimen, el comunismo se ve forzado a volver a las bases de partida: tuvo que restablecer el concepto de patria, que abrir al culto sus iglesias, después de haberlas tenido durante treinta y tantos años convertidas en museos de los sin Dios. Ha creado unas nuevas aristocracias, unas nuevas clases superiores, compuestas de los altos jefes militares, los comisarios, la alta burocracia, los sabios e investigadores. Su falsedad es tanta, que mientras en el exterior sus agentes provocan huelgas y algaradas, comprando conciencias, con lo que arruinan a los otros pueblos, que en Rusia castigan con las penas máximas o el confinamiento en los campos de muerte de Siberia a los que en alguna forma no dan en su trabajo el rendimiento señalado. ("¡Muy bien!" Grandes aplausos.)

LA LUCHA DE CLASES, INCOMPATIBLE CON LA ESTABILIDAD Y EL PROGRESO ECONOMICO

Y a propósito de este fenómeno de la huelga, abandonemos estos países gélidos para volver a nuestro clima,

más templado. Característica de los Estados liberales ha sido la lucha de clases que, aceptada formalmente, se ha venido haciendo incompatible con la estabilidad y el progreso económico de las naciones. Es legítimo y natural que establecida y aceptada la lucha de clases no se prive al sector trabajador de las armas para esta lucha. Pero superada esta vieja y anticuada concepción, dañosa para el bien común, y establecidos instrumentos de conciliación y de justicia laboral en un Estado que comulga en el más acendrado celo por lo social, la huelga pasa a ser como esas viejas armas que se almacenan en los desvanes. Pueden los pueblos ricos, sobrantes de bienes y de renta, darse el lujo de destruir con las huelgas una parte de su patrimonio; pero cuando la huelga representa para los pueblos la ruina y la escasez, no pueden permitirse en ninguna forma estos viejos hábitos que, dañando gravemente a sus economías, repercuten a plazo corto en las posibilidades de mejora de las remuneraciones de trabajo. ("¡Muy bien!" Aplausos y gritos de "¡Franco, Franco, Franco!")

Este vicio de la sociedad liberal no admite el más ligero análisis. La Justicia ha sido siempre el símbolo de la civilización, y el juez, con los Tribunales, la autoridad que dirime los conflictos entre los hombres. Si en el campo de lo criminal, de lo civil y de lo mercantil, de reducida área y que no suelen tener repercusiones públicas, la intervención de la Justicia es obligada, se hace mucho más necesaria y conveniente cuando el paro en el campo laboral arruina la economía, interrumpe la vida del país y atenta al bien común y a la libertad de los otros. La justicia por la mano, que constituye la acción directa, ha sido siempre la ley de las sociedades primitivas y no de los pueblos civilizados. Si los instrumentos de conciliación y de justicia laboral no se considerasen eficientes, perfeccionémoslos; pero no demos jamás motivos a perturbaciones que dañan tan gravemente al resurgimiento de nuestro país y que en defensa de la Patria en ningún caso habríamos de consentir. ("¡Muy bien!" Ovación. Gritos de "¡Franco, Franco, Franco!")

Vuelvo a recordaros con este motivo que vamos embarcados en la misma nave y que las perturbaciones en la marcha sólo hacen el retrasar la travesía y los que más sufrirían con ello serían los menos dotados.

Yo pido a todos, empresarios, técnicos y obreros, que estrechen sus relaciones para que éstas sean más humanas y fructíferas, que de vosotros y de vuestra buena voluntad depende que estos programas de desarrollo nacional que estamos acometiendo puedan en el menor plazo ofreceros a vosotros y a vuestros hijos un esplendoroso porvenir.

¡Arriba España!

(Una clamorosa ovación acoge las palabras finales de Su Excelencia, acompañada de gritos de "¡Franco, Franco, Franco!")

Ayuntamiento de Madrid





UNA SOLA BANDERA

«Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si esas son nuestras unidades naturales, si la familia y el Municipio y la Corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos el instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos, que para unirnos en grupos artificiales empiezan por desunirnos de nuestras realidades auténticas?» Esta es, sin duda, una de las más profundas verdades puestas en circulación por el pensamiento de José Antonio. Sobre ella ha construido España su nueva vida. Es más audaz y a la vez el más sencillo de sus descubrimientos, cuya vigencia y proyección se agigantan e iluminan ante el espectáculo, casi alucinante, de un mundo escindido, perdido en la búsqueda de fórmulas inéditas y convincentes. Frente al espectro famélico de las viejas arquitecturas anquilosadas, junto a la versión, fría y calculada, del «hombre tornillo», del hombre masa, la presencia viva, fervorosa y uníac de esta muchedumbre es como un gozoso alivio, como una tibia esperanza. Es la escueta, la sencilla verdad de España. Es la original fisonomía de un pueblo recordado que hace más de un cuarto de siglo se dispuso a vivir de cara al mundo. Que parte de ese mundo no le perdone y le niegue la originalidad de su propósito es cosa que se sabe España de memoria.

Estos hombres que enarbolan pancartas con gritos de júbilo, que se apiñan bajo el cálido sol mediterráneo para escuchar la voz de Franco, para sentir de cerca su presencia, no son precisamente privilegiados, ni zanganos, ni convidados a banquete alguno. Son gente trabajadora, más sabedores de estrecheces que de lujos o frivolidades. Son gentes del mar y de la huerta, de la fábrica y la oficina; son trabajadores españoles sin más matiz político que el que España da a sus gentes. Son hombres dispuestos a la convivencia, a la laboriosidad de cada día y a la paz de Dios. Pero son también parte indisoluble, activa y entusiasta de este pueblo de Europa, recio, noble y orgulloso, que no admite, porque no quiere, que ningún avisado o calculador curandero de fórmulas extrañas venga a decirle cómo tiene que regirse.

Una sola bandera, la de España; un solo grito, el de Franco, una sola voz, la de la Organización Sindical, les ha puesto en orden de entusiasmo, de clamor y de esperanza. En comunicación directa con el Caudillo—al que aclaman hasta enronquecer porque le conocen, de quien recibieron mucho y de quien esperan más—han permanecido a lo largo de una jornada memorable. Franco les habló sin componendas o fáciles subterfugios dialécticos: llamando pan al pan y vino al vino, que es como le entienden, como hay que hablar a este pueblo—espléndido y trabajador, entusiasta y leal—que no sabe de otra dialéctica que la que se pronuncia al aire libre y no encubierta en oscuras retóricas decimonónicas.

Si Valencia entera respondió a Franco, mostrándole su clara actitud; los trabajadores valencianos, en particular, bajo el signo de nuestro Sindicalismo, le han dicho que están en su sitio: con sus inquietudes, con sus anhelos de justicia, con fe y esperanza.

Antonio IZQUIERDO

(Foto Pastor.)

Ayuntamiento de Madrid

PRESENCIA DEL SINDICALISMO

La Organización Sindical española es, como se sabe, uno de los objetivos predilectos de los ataques que desde el exterior se dirigen contra nuestra vida nacional. El Sindicalismo español tiene que hacerse perdonar ante todas las mentes fosilizadas y gárrulas su originalidad, su modernismo, su condición de instrumento de integración del mundo laboral, su carácter de entidad social auténtica. En la teoría liberal o en la marxista no se concibe este tipo de Sindicalismo, sencillamente porque hace innecesaria la lucha de clases y, en consecuencia, derriba los falsos ídolos ante los cuales una gran parte de la Humanidad permanece arrodillada.

Mas pese a lo que se diga por ahí; no obstante los ataques de que se hace objeto a este Sindicalismo, lo cierto y verdad es que resultaría ocioso permanecer insensible a sus efectos. El conservadurismo sindicalista que domina en otras latitudes se resiste, como es lógico, a reconocer el sentido y la importancia de la nueva fórmula superadora de viejos y enconados antagonismos clasistas. Se carga el acento sobre cuestiones específicas de "representación" y "autenticidad". Y, naturalmente, se presenta como desiderátum de representación y autenticidad las viejas máquinas sindicalistas, en que la voluntad de los sindicatos está sujeta a mil interferencias, amenazada por la contundencia de mil férulas ajenas al mundo del trabajo, mediatizadas por grupos políticos, mixtificadas hasta el paroxismo y, a veces, regidas por mandarines y caciques que utilizan los Sindicatos como grupos de presión para la consecución de objetivos las más de las veces extralaborales.

Pero aun aparentando profunda indiferencia, cuando no asumiendo actitudes de franca e inequívoca beligerancia, no cabe negar que la fórmula sindical española ha causado impacto en la general curiosidad. Quien lo quiera juzgar con objetividad y desapasionamiento no será capaz de sostener honradamente que la Organización Sindical española es un ardid para mantener neutralizadas y obedientes las fuerzas siempre inquietas, por su creciente preponderancia social, del mundo del trabajo. La teoría sindical española está fundada sobre una doctrina política que rechaza, por dañina al interés común, al bien general, la lucha de clases. Entre el Sindicato clasista y el Sindicato Nacional existe la misma diferencia que, por ejemplo, puede encontrarse entre el Derecho quirutario y la fértil y ordenada construcción que este mismo Derecho llegó a alcanzar en la cúspide del Imperio. El clasismo, en cuanto formulación sindical, se nos presenta a los españoles como una religión primitiva y bárbara.

En la inauguración por el Jefe del Estado de la Institución Sindical de Formación Profesional "San Vicente Ferrer", en Valencia, el Ministro Secretario General del Movimiento y Delegado Nacional de Sindicatos, José Solís, ante cien mil trabajadores valencianos, ha hecho algunas afirmaciones precisas, categóricas, sobre el carácter del movimiento sindicalista español. Y así, por ejemplo, refiriéndose a la fecunda participación de los representantes sindicales en la vida pública, ha podido destacar una realidad ya conocida por los españoles, pero que no por ello estará de más recordar. "Estos hombres —afirmó refiriéndose a los Enlaces, Jurados de Empresa, Presidentes de Sección... allí presentes— tienen sus representantes en los Ayuntamientos, rigen y dirigen libremente sus Montepíos, ocupan puestos en los Consejos importantes de la Nación; estos hombres ocupan ciento ochenta escaños en las Cortes y tienen sus representantes también en el Consejo del Reino." Por eso, añadió, "pase lo que pase y cueste lo que cueste, esta conquista que el hombre del trabajo ha ganado jamás la abandonará, porque quiere estar presente dentro de la fortaleza, quiere influir, quiere responsabilizarse, no quiere ser lacayo de la política, sino que quiere ser actor permanente, como Vuestra Excelencia lo repite, en la política salvadora de España".

En la magna demostración popular de Valencia, en las constantes ediciones que el pueblo ha dado de su apego y lealtad a la persona que encarna la nueva hora de España, los destructores de la Organización Sindical española han encontrado la respuesta que no esperaban. Si tenían la sospecha, sincera o interesada, de que el Sindicalismo español estaba montado sobre unos cuadros de artificio, sobre una tramoya de insinceridad, ya han podido confirmar su radical ignorancia en la materia. El mundo laboral español ha elegido su camino, un camino en el que, sin duda, entró con suspicacia, pero que a la vuelta de los años ha demostrado su eficacia y rectitud y su capacidad de evolución y perfeccionamiento dentro de una línea doctrinal invariable. Cuando los trabajadores se reúnen, como se han reunido en Valencia, al aire libre, sin otras vigilancias y disciplinas que las que voluntariamente ellos mismos quieran imponerse, y han rubricado con su presencia y con sus gritos la idoneidad de una postura, no cabe duda de que han dejado hablar sin comedimiento a su corazón.

Y, por ello, en Valencia se ha refrendado una vez más por quienes son partes interesadas en el gran negocio de la Patria, la fecundidad de la fórmula sindicalista española; consciente de su fuerza y segura de su razón,



Ayuntamiento de Valencia

FRANCO, PRIMER TRABAJADOR DE ESPAÑA

VALENCIA. (Por teléfono. De nuestro director, Sabino Alonso-Fueyo.) Las jornadas de Franco en Valencia han dejado una estela luminosa de alegría en todos los contornos de la ciudad del Turia. Sobre Valencia parece haberse detenido una inmensa aureola de clamor; es como el eco que resuena largo tiempo en el metal más noble y en el cristal más fino. Incluso en el rostro de los valencianos se adivina aún el resplandor que ha presidido cada día y cada hora de esta etapa de Valencia.

El itinerario ha sido especialmente clamoroso y afectivo. Desde la impresionante jornada multitudinaria en la tarde del recibimiento a esta etapa de ayer en el pueblo de Aldaya, el paso de Franco ha estado arropado por la más cálida y ferviente compañía de la muchedumbre. El pueblo de Aldaya, blanco y verde, artesano y creador, ha sido como el pañuelo en el aire que da testimonio de la más cálida despedida. Casi, en un símbolo, esta última jornada de Franco en Valencia ha transcurrido en una localidad típicamente huertana; en un pueblo, como tantos de la provin-



cia, que ha visto proseguir su ritmo ascendente gracias a la infatigable atención con que el Caudillo alienta y protege este renacimiento de los Municipios, que son sustancia y nervio del desenvolvimiento patrio.

Anteayer, en la Institución Sindical "San Vicente Ferrer", la masa laboral le había rendido el testimonio de su fidelidad junto a uno de esos puntalones, millares de gentes volcaban en las calles engalanadas su lealtad y su esperanza. Y uniendo estos puntos cardinales de la geografía política del entusiasmo, una ciudad como Valencia se hacía portavoz de una de las proclamaciones más firmes que podía haber en la historia de los pueblos. La de que todas las parcelas y los estamentos, la ciudad y los pueblos, los barrios más modernos y los arrabales recién estrenados, participaban de una misma fe y quieren contribuir a una misma causa. La voz de las masas trabajadoras en el acto sindical y la de los hombres de Aldaya en la última jornada de Franco en Valencia discurren por unos mismos cauces, reiterando idénticas afirmaciones: las de que nuestro orden político tiene plenamente autenticidad, que es original y genuino y no ha de acomodarse, por tanto, a los patrones que circulan por fuera. Y que nuestra política laboral, afirmada en la unidad de empresa, se levanta sobre la prosperidad económica hacia la más beneficiosa regulación social.

Ante el primer trabajador de España, como dijo José Solís en su discurso, el mundo del trabajo se reafirmaba en la feliz adscripción a unas

líneas sustanciales de nuestra doctrina política. La vida laboral tiene que discurrir serenamente por los cauces instrumentales que la legislación otorga, perfeccionándolos si es necesario, pero sin echarlos a perder para tomar caminos que ya fueron motivo de tantas ruinas económicas y tantas desventuras personales entre la masa trabajadora de otras épocas.

Todo el itinerario de Franco, subrayado por la presencia de la multitud fervorosa, ha sido como un repaso vivificador de textos y de principios, que son los que configuran nuestra estructura y dan personalidad a nuestra política. El mejoramiento de los medios fabriles, el incremento de las disponibilidades, el esfuerzo por mejorar la calidad, constituyen precedentes indispensables para obtener un porvenir mejor en el orden de la economía nacional y en la elevación del nivel de vida de los españoles.

Pero, como decimos, a la vez que se han reiterado las líneas esenciales de nuestra política, esclareciendo los rumbos y marcando las metas, las jornadas de Valencia, cálidas y traspasadas de emoción viril, constituyen una gran aportación multitudinaria, apasionada, a la doctrina de Franco y la política de Franco. En estas maravillosas estampas levantinas de fervor, entre la muchedumbre ciudadana, la multitud laboral y la despedida de ayer en Aldaya está palpitando la voluntad afirmativa de un pueblo.

Valencia, con ese pañuelo huertano entrañable del Municipio de Aldaya, al decir adiós a su Caudillo le expresaba también la constancia de que toda la provincia seguirá trabajando por esos ideales que Franco marcó en sus trascendentes discursos de Valencia.

EN LA MISMA NAVE

Resultará muy provechoso repasar la historia militar y política de Francisco Franco. ¿Soldado de buena estrella? ¿Político afortunado? Sobre ambas circunstancias ha habido multitud de especulaciones. A Francisco Franco se le tiene por un hombre de suerte. Es una leyenda de color de rosa que no resiste un riguroso análisis. Francisco Franco —y rehuimos deliberadamente cualquier incidencia en la teoría del providencialismo— es sencillamente la síntesis de un conjunto de virtudes humanas que se poseen en virtud de un raro privilegio. Franco es, como se dice ahora, un "fuera de serie". Los enemigos del exterior le han sometido a infinidad de pruebas. No hablemos ya de cuando era acosado a solicitudes por la máquina militar más poderosa de Europa, allá en los años cuarenta. En el comedio de esta década fue juzgado y condenado por la camarilla de los prepotentes vencedores, cercado, asediado, y puesto al margen de la ley internacional. A España y a Franco se le negaron entonces derechos humanos elementales que los hombres no están autorizados a negar. Se negó a nuestro país el "jus commercii", el derecho a comprar alimentos y primeras materias para su industria. Los hechos demostraron que esta sensacional necesidad no era suficiente para alterar el pulso español ni para hacer temblar la mano firmísima de Francisco Franco.

Pero bajo la calma aparente de la rectificación, de la plenitud de derechos, la terca conjura no ha cesado. Esta España que ocupa uno de los primeros puestos en el escalafón mundial del turismo, que anualmente es visitada, recorrida, husmeada por muchos millones de extranjeros, recibe un trato oprobioso en la mayor parte de los mecanismos informativos, que, ante la prisa y la pereza características de nuestro tiempo, son los verdaderos creadores de las corrientes de opinión. Se intenta turbar la calma de España, ignorar sus virtudes, estigmatizar odiosamente su sistema político y exagerar sus defectos y sus inevitables fallos. Se trata, en suma, de conturbar su ánimo, de interferir las relaciones entre el pueblo y el Estado y de minar la serenidad de quien rige los destinos del país. ¡Vano empeño!

Somos los propios españoles los que muchas veces, ante el incalificable espectáculo del ataque, deseamos ver a un Franco tonante, desmelenado, ardiendo en ira e indignación. Los que, ante la falta de espíritu social colectivo, quisiéramos verle adentrarse en la zona fácil, tan llena de sugerencias, de la demagogia. Ante un tipo determinado de acontecimientos, la torrida imaginación del español es propicia al desbordamiento. Pero, como una aleación de platino e iridio, Franco permanece inalterable. Es, sin duda, un raro privilegio el que España disfruta con él: hombre tranquilo para un pueblo que es como un ma-

nojo de nervios.

Y así, frente a la concatenación de sucesos que en las últimas semanas se han sucedido contra España dentro y fuera de sus fronteras, Franco, sin dejarse impresionar por la impresionante escena de Valencia, ha dicho justamente lo que debía decir. Valiente, claro, entero, templado, pero sin nervios, porque, al fin y al cabo, su mano es la que está escribiendo este palpitante capítulo de la Historia de España. En la clamorosa jornada sindicalista de ayer en la capital valenciana, con motivo de la inauguración oficial de la Institución Sindical de Formación Profesional "San Vicente Ferrer", Franco ha mantenido, como siempre, la balanza en el fiel. Sin desviaciones, sin actitudes empresariales u obreristas, sin falsas actitudes, en definitiva. Sus palabras medidas, asombrosamente lógicas, meridianamente claras, han sido no más que la ecuánime respuesta que un hombre responsable debe dar a su pueblo. "Pueden los pueblos ricos —dijo—, sobran tes de bienes y de rentas, darse el lujo de destruir con las huelgas una parte de su patrimonio; pero cuando la huelga representa para los pueblos la ruina y la escasez, no pueden permitirse en forma alguna estos viejos hábitos que, dañando gravemente a sus economías, repercuten a plazo corto en las posibilidades de mejora de las remuneraciones de trabajo." Y ha añadido: "Si en el campo de lo criminal, de lo civil y de lo mercantil, de reducida área y que no suelen tener repercusiones públicas, la intervención de la justicia es obligada, se hace mucho más necesaria y conveniente cuando el paro en el campo laboral arruina la economía, interrumpe la vida del país y atenta al bien común y a la libertad de los otros."

Este es un lenguaje que España comprende, porque cuenta con una triste y próxima experiencia y porque a lo largo de estos últimos años ha creado mecanismos de justicia social que, bajo la égida de los órganos jurisdiccionales del Estado y de un dispositivo sindical armónico, integrador y conciliador de los intereses de la producción y el trabajo, hacen innecesaria la regresión a un estadio de primitivismo, de bárbaro combate entre las clases sociales. De que esta actitud original, superadora de viejos conceptos, está imprimiendo carácter en el pueblo español, lo tenemos en múltiples manifestaciones. En ésta de Valencia, por ejemplo, en que la palabra de Franco, centrada sobre el bien general y el interés común de los españoles ha sido coreada, aplaudida y clamorosamente aprobada por una multitud de sindicalistas, trabajadores, empresarios y técnicos que, como ha recordado Francisco Franco, van "embarcados en la misma nave" y que, sin temor a galernas, tempestades o cantos de sirena, llegarán por fin a buen puerto.





OBRA Y AFAN

El paso del Caudillo por Valencia ha dejado, junto con una estela de clamor y adhesión popular, una serie de obras positivas, jalones del quehacer del Estado y el Movimiento en España. La

doble página resume dos de estas obras: el Caudillo, con los Ministros de Agricultura, Obras Públicas, Vivienda y Presidente del Consejo de Economía Nacional, inaugura el paso elevado de





la carretera de Malilla, y varios momentos del discurso de Franco en la Institución «San Vicente Ferrer», en comunicación directa con el pueblo, cuyo acto quedó simbolizado en piedra



Ayuntamiento de Madrid

"EL EJERCITO, GARANTIA FIRME DEL FUTURO"

Contestando al Ministro del Ejército, durante la inauguración del nuevo Gobierno Militar de Valencia, el Jefe del Estado pronunció el siguiente discurso:

"General, compañeros:

Este acto, más que una inauguración, es para mí un encuentro. La satisfacción de volver al seno de la familia militar, aunque sea por breves momentos. Como decía muy bien el Ministro del Ejército, esta inauguración es una más de todas las que se llevan a cabo en las distintas regiones militares y una parte del conjunto de realizaciones de nuestra Patria, entre las que necesariamente habría de figurar el adcentamiento de los servicios públicos, que el Estado nuevo ha acometido con tanto vigor, que se puede decir que hoy las oficinas del Estado han sido adecentadas, dentro de la modestia natural de nuestros presupuestos.

Pero nos sirve también esta reunión para que recordemos los esfuerzos que han sido necesarios para llegar a esta hora de plenitud, todo lo que hemos dejado en el camino y todos los sacrificios que los españoles han ofrecido para que podamos vivir una era de paz, de tranquilidad y de grandeza.

Encargado de la custodia, de la defensa de la Patria, hemos sido siempre el Ejército una garantía firme y seria del futuro de la nación. Aun en los momentos peores de la vida de España hemos guardado en nuestros cuarteles, como castillos roqueros, las esencias de la Patria, que permitieron que un día, cuando ésta estaba a punto de sucumbir, pudiera salirse de nuestros cuarteles para encuadrar a la nación para la conquista de su mejor destino. *(Una clamorosa salva de aplausos interrumpe las palabras de Su Excelencia, seguida de los gritos de "¡Franco, Franco, Franco!")*

No han pasado, sin embargo, los peligros. Muchas veces lo he repetido. Nos hemos enfrentado desde los primeros momentos con aquellos enemigos de la grandeza de la Patria, masonería y comunismo; hemos dado la batalla contra lo que descomponía la vida española, hemos triunfado en nuestra Patria, pero no la hemos podido dar fuera, y esas mismas fuerzas, organizadas en el exterior, tratan por todos los medios de la destrucción de la paz interior de nuestra nación. Por eso siempre, en todos los momentos, tiene importancia y trascendencia la unidad de los hombres y las tierras de España, y la unidad firme de nuestro Ejército respaldándolas, mucho más

en esta hora. *(Una ovación prolongada interrumpe de nuevo a Su Excelencia.)*

Nuestra misión como militares es establecer las previsiones y la preparación para la guerra. Para ello debemos pensar qué clase de guerra puede amenazarnos. La guerra se está saliendo de las posibilidades de las naciones y de los campos de batalla, amenazando invadir a todo el Universo. La guerra puede tener tres fases: la primera, la de las luchas atómicas, la de las destrucciones a distancia, para la cual solamente algunos Estados del mundo pueden enfrentarse con los gastos y las investigaciones que requieren. Los otros países hemos de unir nuestros esfuerzos, hemos de colaborar para alcanzar potencia por unión de sumandos, buscando una solución conjunta. La segunda fase es la de la toma de posesión del terreno destruido o conquistado, es la de las armas convencionales, en la que también tiene primacía el número, la can-

tidad y la calidad de éstas, pero con esto no está la lucha terminada. Queda una tercera fase, el último acto, el de no entregarse, el de la insurrección armada, el de la santa rebeldía de las naciones contra la invasión del extranjero. *(Los aplausos, seguidos de gritos de "¡Franco, Franco, Franco!", interrumpen las palabras del Caudillo.)* Y para esta fase no es sólo esencial el haberla preparado, sino que es capital también contar con los hombres y las tierras de España. Por eso el Ejército ve con gran devoción, con gran entusiasmo, esa unidad de los hombres y de las tierras de España, que son la base fiel de que puede cumplir el día de mañana su deber y que podrá seguir brillando el sol en nuestra Patria.

¡Arriba España!"

(Una clamorosa ovación acoge las palabras del Generalísimo, prolongada durante largo rato con gritos de "¡Franco, Franco, Franco!")

BATALLAS DE LA GUERRA FRÍA

Se quiere olvidar, muchas veces por cobardía, que la guerra caliente es una amenaza real que pesa sobre nosotros y, sobre todo, que la guerra fría, necesario camino rojo para la guerra caliente, es también una realidad actuante que ya está entre nosotros, que zapa incansable y sistemática, en cada día y en cada hora, todas las fortalezas y todas las estructuras del mundo libre.

Es pura frivolidad, y peligrosísima frivolidad además, cerrar los ojos ante la dureza del tiempo que nos ha tocado vivir, y haciendo abstracción de la realidad, actuar, opinar y tomar posturas políticas y sociales, más o menos bellas y bien aderezadas, como si viviéramos en el mejor de los mundos y la felicidad del hombre y el orden de una sociedad dependiera de matices formales, de nostalgias y de a priori lanzados alegremente hacia el porvenir.

Hay un enemigo que no descansa, que estudia el pasado, que cree en su porvenir y que actúa hábilmente, sobre todos los fallos, sobre todos los egoísmos, sobre todos los resentimientos y que, fría y suavemente, fomenta el desarrollo y aparente vivencia de todos los tópicos democrático-liberales.

Frente a esta labor que el comunismo realiza cada día, bien secundado por los tontos útiles y compañeros de viaje, nada pueden los viejos sis-

temas, desde hace tiempo caducados; hay que combatir al enemigo con otras armas, las que el tiempo impone; con otras razones y, sobre todo, con otras formas sociales, económicas y políticas, que no son, por desgracia, las que hoy predominan en el mundo libre, que le están por ello ocasionando graves derrotas y que pueden, como último gesto, llevarnos a la guerra caliente en el momento y el lugar que al enemigo le interese.

Como ha dicho el Caudillo en Valencia, «las pérdidas de las batallas de la guerra fría son más peligrosas y trascendentes para las naciones que las de los campos de batalla». Porque las batallas perdidas en la guerra caliente, cuando detrás de los batallones derrotados hay un Estado, una sociedad y una doctrina, pueden ser superadas creando nuevos y más fuertes batallones que encuentren la coyuntura de la victoria; pero las derrotas de la guerra fría son derrotas que anuncian no solamente incapacidad técnica, sino política y moral, que anuncian graves enfermedades dentro del organismo derrotado, y no podrán producir más que desmoralización, jamás fuerza creadora.

Franco ha hecho otro gran servicio a la causa común de Occidente al plantear los problemas de la hora con cruda franqueza, sin máscaras, y situándose dentro de la realidad viva de nuestro tiempo, que no es precisamente el del liberalismo y de la democracia abstracta y sin raíces.

"NUESTRO MOVIMIENTO HA ALUMBRADO PARA TODA

En el acto de la inauguración del Hospital Provincial de Valencia el Jefe del Estado pronunció el siguiente discurso:

Señor Presidente de la Diputación de Valencia:

Al inaugurar este magnífico Hospital Provincial de Valencia habéis querido honrarme ofreciéndome la Medalla de Oro de la Provincia, dándole a este acto digno marco con la asistencia de todos los Alcaldes. Esto me ofrece la ocasión para saludar a los regidores de tantos pueblos y encargarles lleven mi saludo cordial a las familias todas de esta comarca valenciana, que por laboriosa y fecunda constituye un orgullo para nuestra Patria. *(Grandes aplausos.)*

El Movimiento Nacional ha venido a despertar a España, a encender de nuevo la ilusión en sus burgos y ciudades, a incorporar a todos a la política, a la noble política del servicio a la comunidad; a despertar la fe en nosotros mismos, que los españoles habían perdido como consecuencia de la vieja política, y a unir a todos en la gran empresa del servicio al progreso y a la grandeza de la Patria como fuente de bienes para todos.

De cómo lo hemos conseguido son muestra las transformaciones que los pueblos vienen registrando, resolviéndose problemas que esperaban desde hacía lustros sin esperanza, y el creciente interés de los Municipios por mejorar las condiciones de vida de su población y perfeccionar toda clase de servicios.

En esta tarea de levantamiento de los pueblos y de perfeccionamiento de sus servicios, las Diputaciones Provinciales desempeñan un importante papel como órgano superior, del que nos da ejemplo la Diputación de Valencia, que si un día se vieron reducidas a fines de beneficencia, hoy, mejoradas sus dotaciones económicas,

puede acometer empresas de más alto bordo, como la que representa la mejoría de sus instalaciones sanitarias, de lo que este gran Hospital es un ejemplo.

Si grandes son los bienes que el Movimiento ha promovido, se encuentra entre los más destacados la obra ingente realizada en el campo de la sanidad. Aquellos viejos y sordidos hospitales han sido sustituidos por estos otros modernos, alegres y bien dotados, que han logrado que la igualdad de los hombres ante la enfermedad sea hoy una realidad en nuestra Patria. Los cuidados y atenciones médicos han alcanzado, con los del Seguro de Enfermedad, un nivel tan alto como el que pueda tener la mejor clínica particular.

Otra de las virtudes de nuestro Movimiento es el haber alumbrado en todos los sectores de la Patria un nuevo concepto social, imprimiendo un aire humano y alegre a hospicios, asilos y hospitales. La Administración sin política acaba siempre siendo cansina, triste y burocrática; pero cuando a las empresas anima un ideario político, se hace dinámica y transformadora. Hablo, claro es, de la noble política, de los verdaderos movimientos políticos plenos de contenidos y dinamismo y no de los viejos conceptos de la política de partidos, en los que hasta la administración de los establecimientos públicos y benéficos tenía sus máculas. Y no es que en aquellas situaciones no hubiera hombres honestos como los nuestros, pero el sistema era sumergía en la mediocridad ambiente, y la política era granjería en la que sucumbían los mejores propósitos.

Lo cierto es que somos el mismo pueblo de antes del Movimiento, con los mismos vicios y defectos, pero por virtud de la política, de un ideario y de un sistema, con-

vertimos en fuerza creadora y en espíritu de servicio todo lo que antes malgastábamos en luchas intestinas, en críticas y en acción negativa. *(Clamorosa ovación interrumpe a Su Excelencia.)*

Que en este concierto nacional se oigan alguna vez voces disidentes, residuos de la vieja política o jóvenes imberbes deslumbrados por las campañas rojas, no es extraño. En toda sociedad existen espíritus débiles, gentes timoratas, pobres de espíritu, hombres sin fe, ambiciosos que se deslumbran por lo que viene de fuera. Hemos pasado tantos años de decadencia, que muchos españoles habían llegado a perder la fe en sí mismos, e incluso algunos llegaban a admitir que desde el extranjero se nos mediatizase. No a otra cosa aspiran esos desdichados que se conjuran con los rojos para llevar a las asambleas extranjeras sus miserables querellas. *(¡Muy bien! Salva de aplausos estruendosa.)*

Con este motivo ha vuelto a resonar en el extranjero la caja de los truenos, a la que estamos tan acostumbrados, y que no ha cesado de sonar periódicamente desde nuestra victoria, pretendiendo explotar las diferencias formales que puede haber entre nuestro sistema político y los que predominan en Europa. Nunca hemos dejado de reconocer nuestro desfase con aquellos pueblos de los que, por haber iniciado hace veinticinco años nuestra revolución, nos sentimos más adelantados, pero todo esto es sólo temporal; en la natural evolución política de los pueblos camina hacia formas nuevas, y en ella todo lo que estorba al bien común, a la eficacia, al progreso económico, a la justicia y a las realizaciones sociales será rechazado, y, en cambio, todo lo que sea útil, eficaz y constructivo será aceptado. *(¡Muy bien! Una ovación clamorosa.)* Y en esta marcha general po-



Franco presencia la demostración aeronáutica en la base de Manises

LA PATRIA UN NUEVO CONCEPTO DE LO SOCIAL"

demostramos decir que con el tiempo llegaremos a las mismas metas.

La evolución política de los pueblos no puede detenerse. Pudieron los vencedores de la última guerra retrasar el proceso evolutivo que en Europa se había iniciado; pero las nuevas concepciones económicasociales van abriéndose camino y vemos a las viejas naciones utilizar procedimientos y doctrinas que hubieran escandalizado hace quince años. ("¡Muy bien!" Aplausos.)

Lo artificioso de estas diferencias se acusa en esas campañas que, a pretexto de defender la democracia, se hacen contra nuestra nación, y que no se realizan ni contra Rusia, ni contra ninguno de sus satélites, ni contra otras muchas naciones de regímenes carentes del menor sentido democrático, a las que, por el contrario, muchas veces se esfuerzan en contemplar o en adular. ("¡Franco, Franco, Franco!" Prolongados aplausos.) En este orden de cosas, nosotros hemos de rechazar una vez más ese concepto exclusivista con el que se pretende monopolizar el vocablo democracia, que ha sido siempre el sistema en el que el pueblo interviene en las decisiones de la vida pública y no el modo como esta participación se lleva a cabo. No ha sido la misma democracia en cada época de nuestra historia desde los griegos a nuestros días. Lo que sí podemos afirmar es que nuestra democracia es mucho más sincera y efectiva que la que en gran parte del mundo se lleva, y no digamos que la que presidió nuestros tristes destinos. ("¡Muy bien!" Aplausos.)

Todos hemos conocido, especialmente los que ya so-

mos viejos, la ficción de los partidos políticos, en los que la relación entre representantes y representados se limitaba a la elección entre varios nombres que los comités de los partidos les presentaban, y que en la casi totalidad de los casos los electores desconocían; pero una vez lograda la investidura obraban a su antojo, sin tener en cuenta los intereses y la voluntad de los votantes. A ello oponemos nosotros nuestra democracia orgánica, en la que la representación se hace a través de la familia, del Municipio y del Sindicato, en los que el hombre vive y se encuadra, y en la que los elegidos mantienen vivo el vínculo con la asociación que les designó, sin que puedan traicionar los homogéneos y legítimos intereses de los representados; pero, aun con ser esto tan sincero, no nos basta para satisfacer las verdaderas esencias de una democracia. Consideramos necesario que la democracia sea cosa viva, que todos participen en la cosa pública, y de aquí esos periódicos congresos económicosindicales provinciales, en que en consejo abierto se debaten los problemas de la provincia y donde las aspiraciones encuentran un cauce para su elevación directa a los Poderes públicos, que, recogidas más tarde por el Gobierno, se vienen convirtiendo en proyectos de ley. (Muchos aplausos.)

Y aún tenemos más: existe en nuestra legislación básica la institución del referéndum, por la cual han sido sometidas a la aprobación del país sus leyes fundamentales y le son sometidas las demás leyes de reconocida trascendencia.

Podrá gustar o no gustar fuera lo que en España tenemos, pero es incomparablemente más democrático

en esencia y práctica que los otros sistemas que en el mundo se llevan. Y si miramos a sus efectos, ¿puede alguien negar su éxito? Veintitrés años de paz ininterrumpida, de progreso económico y de fortaleza para resistir los ataques que desde fuera se nos han promovido es cosa importante. (Una ovación estruendosa.)

Sentado que en la parte económico-social caminamos hacia las mismas metas, nuestra diferencia profunda con Europa no está en lo material, sino en lo espiritual. Nosotros entendemos que lo que caracteriza y da vida a nuestra civilización occidental son los valores del espíritu, que toda la sociedad se vendría abajo si aquellos valores no la alumbraran, y en la defensa de todo esto es en lo que tristemente nos encontramos más distanciados.

De todas maneras, nuestra voluntad hacia Europa es firme y sincera; nos sentimos europeos, pero en todo caso nosotros no cambiaremos nuestra salud interior ni nuestra paz interna por complacencia con el extranjero. (Ovación clamorosa y gritos de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!»)

Cuidemos, pues, de nuestra fortaleza con unidad, con disciplina y con trabajo intenso en esta nueva era en que desde bases firmes e inmovibles vamos a emprender la tarea de nuestro desarrollo económico.

¡Arriba España!

(Gritos de ¡Arriba! Grandes y prolongados aplausos subrayan las últimas palabras de Su Excelencia, despedido con gritos de "¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!")

Ayuntamiento de Madrid



TRIUNFAL REGRESO DE FRANCO A MADRID

Ayuntamiento de Madrid



Después de su estancia en Valencia, en unas jornadas rebosantes de clamor y entusiasmo, Su Excelencia el Jefe del Estado y su esposa regresaron a Madrid. A lo largo del itinerario el Caudillo fue objeto de renovadas muestras de inquebrantable adhesión a su paso por cada uno de los pueblos del trayecto. Valencia, que tan ejemplarmente recibió a Franco, le tributó una cariñosa despedida al iniciar su regreso. Aldaya fue la apoteosis de este triunfal viaje del Generalísimo. La información gráfica recoge la estancia del Caudillo en esta localidad valenciana, presidida en todo momento por el clamor y entusiasmo.—(Pastor.)

Ayuntamiento de Madrid

Toda España es provincia

¡Las provincias, en pie!

Primero fue Burgos. Después... el resto de las provincias. No ha habido sorpresa en esta primacía. "Prima voce et fide", como reza su escudo. Efectivamente, primera en la voz y en la fidelidad, primera en la lealtad, a España, a Franco, al Movimiento. Burgos, en cuya ciudad se produjo el gran suceso histórico de exaltar al Poder al general Francisco Franco, que ha festejado brillantísimamente el veinticinco aniversario de esta exaltación, ha sido ahora también la primera provincia que ha sabido reaccionar frente a la estulticia y a la traición de tanto delirante progresista, de tanto tonto útil como anda por ahí suelto haciéndole el juego al comunismo.

Burgos, tan pronto como tuvo noticia de la torpe reunión de Munich, se lanzó a la calle, envió telegramas, convocó reuniones, y toda la provincia entera vibró de indignación, para concluir pidiendo, desde todas las Jefaturas Locales, desde todos los Ayuntamientos, desde todos los organismos oficiales, que el Consejo Provincial del Movimiento, que su primera jerarquía, enviara la expresión más entusiasta y leal a la persona del Jefe del Estado, del Capitán de los destinos de España, que la propia capital de Burgos había visto elevar al Poder un 1 de octubre decisivo y fundamental para el futuro de la nación.

Como era lógico, como era de esperar, el ejemplo de Burgos cundió inmediatamente por toda España. No es que el resto de las provincias esperaran que este hecho patriótico y entusiasta se produjera para manifestar su inquebrantable adhesión a la figura del Jefe del Estado y a los principios inquebrantables del Movimiento. Este rosario de leales, de positivas indignaciones, se hubiera producido de todas maneras, pero es innegable que el ejemplo de Burgos sirvió, cuando menos, para romper el fuego, para caldear el ambiente nacional y hacer de fulminante en esta espléndida explosión de anhelos, de esperanzas, de fe y de adhesiones que sobre la figura de Franco se ha ido levantando como una ola gigantesca por todas las capitales de provincia e incluso por los más apartados rincones de la geografía nacional.

Después de Burgos se manifestaron Santa Cruz de Tenerife y Murcia. Más tarde, todas las demás. Cada uno de los Consejos Provinciales del Movimiento, cada una de las Jefaturas Provinciales han sido receptores, primero, de la indignación de todas las clases sociales frente a la provocación de ese amalgama de traidores sin destino, de payasos de la política internacional, de aburridos comparsas del comunismo; después, receptores también de la más entusiasta, de la más apasionada, de la más encendida adhesión hacia el Caudillo Franco y los postulados del Movimiento, nacidos para España en una ardorosa mañana de julio de 1936.

Ha habido otro tipo de manifestaciones. La manifestación física de los hombres que no han querido conformarse con telegramas y adhesiones fervorosas. Guadalajara ha sido, en este caso, la pionera de este tipo de patriótica expresión. Ante su Jefatura Provincial del Movimiento no menos de diez mil personas —no sólo falangistas, aunque predominaran, sino ciudadanos de todas las clases sociales y variopinta condición—, con las banderas nacionales y del Movimiento desplegadas, han gritado su fe de españoles. De españoles que no están dispuestos a rendir ni a sacrificar ninguno de los logros sociales conseguidos bajo el mandato de Franco, ni la tranquilidad de espíritu, ni el sosiego ni el bienestar conquistado a través de un cuarto de siglo de esforzado quehacer y de esfuerzo, ni mucho menos las esperanzas de lo que todavía no ha sido conseguido, pero que está programado y pendiente dentro de los postulados más firmes y fundamentales de nuestra Revolución Nacional.

Este mismo tipo de manifestaciones se ha producido igualmente en Albacete, en Logroño, en Murcia, en Cartagena, en Villarrobledo, en Tauste, en Málaga y en Jaén, y en algunas otras provincias más que ahora mismo no recordamos. En Albacete, no menos de veinte mil personas se congregaron en la hermosa plaza del Caudillo, obligando al Jefe Provincial a pronunciar un vibrante discurso. Eso mismo ha ocurrido en Jaén, ante una encendida muchedumbre de hombres de la Falange, de hombres del campo, de hombres que conocen los sinsabores de la pobreza, de los salarios míseros, de las jornadas penosas al servicio de grandes terratenientes del olivar, a quienes, una vez conseguido el objetivo de una recolección favorable, nada les ha importado la situación laboral en que quedarán miles y miles de braceros de la tierra jiennense... Eso mismo ha ocurrido, igualmente, en Logroño y en Murcia, donde el propio obispo, doctor Sanahuja, pronunció una encendida arenga de exaltación de Franco, que enardeció a los murcianos. Eso mismo, en fin, ocurrió en la plaza de José Antonio de Málaga, donde más de veinticinco mil personas de todas las clases sociales ofrecieron el espectáculo inenarrable de un fervor patriótico y una fe falangista comparable solamente a los primeros momentos de su liberación.

Finalmente, como brillante apoteosis, como colofón extraordinario a unas jornadas que han de ser históricas, Valencia se ha derramado materialmente en el homenaje más fervoroso y entusiasta que se recuerda en la ciudad, ante la presencia del Caudillo Franco y de varios Ministros de su Gobierno. Valencia ha sido la prueba definitiva de que España está con Franco, con los Principios del 18 de Julio y con nadie más. Valencia ha sido, en definitiva, la expresión concreta, tajante y decisiva de que las provincias españolas siguen leales, alerta y en pie.

DOMINGUEZ





ALBACETE
POR FRANCO

ALBACETE



GUADALAJARA



MALAGA



MURCIA



JAEN



Ayuntamiento de Madrid



BILBAO

Ayuntamiento de Madrid



OCURRIO EN CECCANO, PROVINCIA DE ROMA

Esta imagen tomada de «L'Espresso» con el título de «Sangre en Ceccano» vale como reverso del sentido social de España. Francisca Savone, viuda del obrero Luis Mastrogiacomo, muerto por una ráfaga de ametralladora en el transcurso de los conflictos laborales de aquel lugar, de la provincia de Roma, muestra su trágica desesperación. La fotografía es del día 28 de mayo, pero continúa conservando una permanente y aleccionadora actualidad

Ayuntamiento de Madrid